

Cuando uno ha podido seguir la obra de la artista chilena Paca Jiliberto desde los grabados con mezcla de varios colores en una sola plancha, bajo la técnica de Hayter, hasta su tránsito al óleo, no puede dejar de tener en cuenta que su "texto" ha permanecido en el tiempo. Es decir, perviven las vibraciones cromáticas, la superposición de superficies que actúan como veladuras y sus visiones de atrayentes paisajes.

En las obras que ahora presenta, en la Galería Rosalía Sender, existe la sugerencia de lo evanescente, de lo misterioso y sutil, de lo velado también y en donde destacan sus formas, en ocasiones recortadas, que hacen referencia a construcciones, a mundos en cierta manera infantiles o idílicos. Son superficies, planos y líneas, con rascados en ocasiones, que nos adentran en mundos particulares, en paisajes ajenos pero no por ello desligados del pensamiento vital.

Aparecen colores fuertes, luces y pocas sombras, rugosidades en la materia, líneas que marcan las fronteras, personajes, rostros amables, fiesta, dentro del escenario de su representación teatral. Son sintetizaciones de lo formal, donde crea y construye pequeños pueblos en su nebulosa de color, donde realiza su constante homenaje a lo compositivo y cromático, a ese rascar y arrastrar los impulsos que le dictan su creación.

Paca Jiliberto delata un mundo íntimo en sus creaciones y composiciones, nos enseña lo personal, el recuerdo a un país, a las huellas de una vida y a unas reflexiones sobre el pasado, donde expresa emociones y sentimientos tal vez imaginados, al amparo de atmósferas plenas de signos casi primitivistas, de formas elementales y secretas secuenciadas mediante capas que diluyen su pincelada hasta hacerla imperceptible. Sus guardianes de sueños, sus noches de luz o los lugares de otro tiempo son los antecedentes de lo que ahora vemos ante nuestros ojos, de esa pintura del gesto, de la naturaleza, de la poesía y los sueños.

José Garnería